

EL METRO, LA SORPRESA MECANIZADA DEL PRINCIPIO DE SIGLO

MARINO GOMEZ SANTOS (presentador): «EL DIA DE LA INAUGURACION, LA COLA DE USUARIOS LLEGABA DESDE LA PUERTA DEL SOL A LA PLAZA DEL CARMEN».



El acontecimiento que conmocionó de una forma decisiva la vida madrileña de aquellos años posbélicos —a la primera guerra mundial me refiero— fue, sin lugar a dudas, la aparición del Metropolitano, de un ferrocarril suburbano que podía completar los recorridos en la tercera parte de tiempo que el tranvía, y que importaba una técnica que tenía algo de mágico, enmarcado por el aura del desarrollo a que conducía un período de prosperidad, consecuencia de nuestro neutralismo en la devastadora contienda. Tecnomagia, más que tecnología, para el pueblo llano, todavía anclado en las tradiciones que luchaban por sobrevivir a los desastres del otro lado del mar. Pero con las tensiones y preocupaciones que se definían en la carrera por el consumo, y la prisa, y el tiempo es oro... y todas esas cosas que conocemos ahora bien.

Un estudioso —ocasional— del Metro, autor de un libro monográfico sobre el tema, es Marino Gómez Santos. En realidad, que un hombre dedicado enteramente a las letras, biógrafo de Baroja, gran conocedor de la ilustración española, actualmente estudioso de Marañón, se dedique a un tema aparentemente frívolo nos puede extrañar. Pero lo cierto es que la historia del Metro, al margen de las anécdotas innumerables, tuvo unas implicaciones sociales que llaman la atención del investigador. Marino es, pues, una persona idónea para la labor de presentación de «Así fue... el día de la inauguración del Metropolitano de Madrid».

—En ese día se produjo una extraordinaria expectación. La gente no

acababa de creérselo, al menos hasta que lo hubiera experimentado. Todos habían asistido a la marcha de las obras: unos con desconfianza, la mayoría con curiosidad y deseos de utilizar el nuevo artefacto.

—¿Se plantearon oposiciones a este proyecto?

—Sí, hubo incidentes. A la mentalidad de la época no le era fácil asimilar esta innovación. Además, como la dirección de las obras la llevó a cabo una empresa privada que formaron los hermanos Otamendi, Echarte y Mendoza, aun con capital del mismo Rey Alfonso XIII —ese era el nombre del Metro—, las autoridades municipales pusieron trabas: las obras molestaban la tranquilidad ciudadana. Pero se salvaron todos los obstáculos: el treinta y uno de octubre de mil novecientos diecinueve se puso en marcha el primer suburbano, desde Sol hasta Cuatro Caminos, en un trayecto similar al que hoy forma parte de la línea I, con cuatro kilómetros de largo y ocho estaciones.

Ya por entonces la curiosidad y admiración superaban al temor. La cola que se formó ante la boca del Metro de la Puerta del Sol llegaba hasta la plaza del Carmen. Los usuarios iban, reloj en mano, comprobando el tiempo que se tardaba en completar el recorrido: diez minutos, mientras que el tranvía lo hacía en media hora larga. Acabábamos de ganar la tercera parte del tiempo a la ciudad.

—¿Cuál es su función en el programa?

—Yo soy exclusivamente presentador. Hago entrevistas, explico un poco la situación; sencillamente, doy el am-

biente de la época que la acción desarrolla.

—¿Se ha contado con testigos presenciales del hecho para dar más autenticidad histórica al programa?

—Ha sido de gran ayuda contar con la colaboración de un periodista de la época, don Tomás Borrás, que publicó la crónica del hecho en «La Tribuna», y que tiene interesantes datos que exponer.

—Al margen de este programa, ¿en qué ocasiones ha colaborado con televisión?

—Trabajé en algunos argumentos de «Esta es su vida», y también de «Biografía», en espacios como los de Baroja, Severo Ochoa, Jiménez Díaz. Siempre como biógrafo, donde me desenvuelvo mejor. Actualmente estoy preparando un amplio estudio sobre Marañón —y me enseña una parte de su documentación, que ocupa, y perdón por la expresión mercantilista de la cultura, kilos y kilos de libros.

Este entre erudito y estudioso, que aborrece el ocio y trabaja de la mañana a la noche, y a veces también la noche, es un hombre absolutamente dedicado a las letras. Cada uno de sus trabajos, en profundidad, llega a durar años. Entre tanto se dedica a colaboraciones periodísticas. De su casa me fijé en dos cosas: una, la fotografía con Santana, que le hizo confesar su afición al tenis. Otra, un cuadro de Benjamín Palencia en el recibidor. Claro, que había muchos más cuadros y más fotografías, pero ya se sabe, estos periodistas...

José A. Sentís
Fotos: Mariano Ferré